

Borges se adelantaba a la temática de Scalabrini Ortiz –talento puesto aparte– en *El hombre que está solo y espera* (1930) que admitía una fuente de inspiración común con Borges, la de Macedonio Fernández, y que serían los antecedentes, a su vez, de *Radiografía de la pampa* (1933) de Ezequiel Martínez Estrada, *Tiempo lacerado* (1936) de Carlos Alberto Erro, *Historia de una pasión argentina* (1937) de Eduardo Mallea, así como de los viajeros Waldo Frank (capítulo sobre la Argentina de *América Hispana*, 1931), y conde Hermann Keyserling (*Meditaciones sudamericanas*, 1932). Victoria Ocampo, protectora de Borges, amiga de Mallea y anfitriona de Keyserling y de Waldo Frank, influida por todos ellos y a pesar del europeísmo del que la acusaban los nacionalistas, no pudo liberarse del contagio del telurismo en «Quiromancias de la pampa» y «Supremacía del alma y de la sangre»⁵¹. Por supuesto que no todos estos autores tenían las mismas propuestas; por el contrario, algunos se reducían a la identidad de una ciudad, otros a las de una nación y otros a las de un continente. Algunos la veían con rasgos positivos, otros con rasgos negativos, algunos exaltaban a la ciudad, otros oponían el campo, venero de tradición, a la ciudad sin raíces. En Borges se encontraban, como era usual en él, todas las posiciones, aun las más opuestas, defendidas con el mismo fervor. Lo que había de común en todos ellos, tanto en los argentinos como en el norteamericano y en el europeo, era la fuente de inspiración en la filosofía de la historia de Oswald Spengler cuyo libro *La decadencia de Occidente* (1918-1922) traducido al castellano en 1923, hacía estragos en aquellos años. Borges lo había leído, según decía, en alemán, y lo citaba en *El tamaño de mi esperanza*, para justificar sus ideas sobre el sentimiento criollo: «Lo mismo me dijo Spengler antenoche en la página ciento trece de su segundo y aún intraducido volumen»⁵².

La tentación del fascismo

El irracionalismo era una tradición cultural europea y los de *Sur* y Borges no pudieron permanecer inmunes a ella. Spengler siguió presente en Borges y en Martínez Estrada por su concepción de la historia a través de símbolos eternos, mitos y arquetipos^{52bis}. La misma concepción mítica y arquetípica llevó a Borges, tan indiferente por la psicología, a sentirse atraído por Carl Jung. El origen de estas ideas se remontaba a Schopen-

⁵¹ Recopilado en Testimonios, segunda serie, Buenos Aires, *Sur*, 1941.

⁵² El tamaño de mi esperanza, ed. citada, pág. 35.

^{52 bis} Para la concepción cíclica y spengleriana de la historia en los escritores argentinos, ver Juan José Sebrelli, Martínez Estrada, una rebelión inútil, Buenos Aires, Palestra, 1960, tercera edición, Buenos Aires, Catálogos 1984.

hauer a quien Borges consideraba «la cifra de la filosofía» (...) «que acaso descifró el universo»⁵³. Schopenhauer era también admirado por Spengler con el que coincidía en ver la historia como formas que se repiten. Todos ellos fueron padres fundadores del irracionalismo contemporáneo, y sus desmesurados discípulos prepararon el camino hacia el fascismo. Las fuentes eran las mismas. Borges, mal que le pesara, estaba destinado a compartir con Hitler su admiración por Schopenhauer y por el Bahavad Gita. Uno de sus autores preferidos, George Bernard Shaw, había hecho el elogio antes de la guerra, de Mussolini y aun de Hitler. Otros como Jung llegaron a comprometerse con el nazismo en el poder. Entre los poetas expresionistas alemanes que seleccionó para su antología, Wilhelm Klemm, uno de sus preferidos, se hizo nazi. Henri Bergson, al que elogiara en 1933, influía en Mussolini a través de Georges Sorel, y también en algún fascista argentino como Carlos Ibarguren.

El fascismo no sólo era una tentación para Borges, por los autores que leía, sino también por la gente que frecuentaba. Con Drieu la Rochelle, el autor de *Socialismo fascista*, y colaboracionista con el régimen de ocupación de París, sostenía largos diálogos peripatéticos cuando éste vino a Buenos Aires en 1933. Victoria Ocampo y Eduardo Mallea volverían entusiasmados de un viaje a Italia invitados por el Instituto de Cultura Fascista, como queda documentado en *Domingos en Hyde Park* (1936), que luego su autora se cuidaría muy bien de reeditar. Los creadores del fascismo vernáculo, Ernesto Palacio, Rodolfo Irazusta, Leonardo Castellani, Carlos Astrada y Homero Guglielmini eran colaboradores de *Sur*. Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernárdez, dos amigos de Borges, estuvieron del lado de los fascistas en la guerra española. Dos de los hombres que más influyeron en Borges, Lugones y Macedonio Fernández, adhirieron al fascismo. El grupo *Forja* del que estuvo cerca, mantuvo una sospechosa neutralidad durante la guerra y sostenía en privado que los alemanes, en tanto enemigos de nuestros enemigos, los ingleses, eran nuestros amigos. El mismo Borges colaboró en *Criterio* que entonces apoyaba a los fascistas y en la revista fascista *Sol y Luna*, publicada entre 1938 y 1943, en plena guerra mundial, y donde se proclamaba la «necesidad del Estado católico, monárquico y corporativo»⁵⁴.

Es difícil saber por qué Borges resistió a las tentaciones, que no le faltaron, del nacionalismo de los años 30 y del fascismo, más aún cuando él mismo había compartido algunas de esas ideas en sus tempranas obras nacionalistas de los años 20. Esta pregunta se plantea también con otros autores, por ejemplo Ricardo Rojas, nacionalista, xenófobo y aun

⁵³ El otro, el mismo en O.C. pág. 93.

⁵⁴ Véase Héctor René Lafleur, Sergio D. Provenzano y Fernando P. Alonso, Las revistas literarias argentinas, 1893-1967, Buenos Aires, Centro Editor de América latina, 1962.

antisemita, que no obstante luego optó por los Aliados y no por el Eje, como hubiera sido de esperar. Pero el nacionalismo admitía muchas variantes. El joven Borges había compartido algunos aspectos: el militarismo, el rosismo, la mitologización del pasado, la idealización de las familias patricias, el antisarmientismo, el antiprogreso, la antinmigración, el antimercantilismo. En cambio, su formación liberal iluminista, y el individualismo espenckeriano, lo apartaban del catolicismo, la hispanofilia, el antisemitismo y el romanticismo organicista, que eran otros tantos rasgos del nacionalismo.

La indecisión y la oscilación de Borges entre liberalismo y nacionalismo, eran una expresión de esa época de transición, cuando del seno mismo del liberalismo surgía el nacionalismo antiliberal. Hay que recordar que la reivindicación de Rosas estuvo al comienzo a cargo de escritores liberales: Manuel Bilbao, Adolfo Saldías, Antonio Zinny, Vicente Quesada, Ernesto Quesada. A comienzos del nuevo siglo, las clases dirigentes todavía liberales necesitaban recurrir a la educación nacionalista, crear rituales nacionalistas, y forjar una concepción heroica de la historia, con monumentos, culto a los próceres, a las glorias militares, a las efemérides y a los símbolos para contener a las masas de extranjeros inmigrantes y también al incipiente movimiento obrero, en los que sólo veían disolución social y materialismo. Fueron intelectuales surgidos del liberalismo, el positivismo y el laicismo, como Ricardo Rojas, Carlos Octavio Bunge y José María Ramos Mejía, quienes promovieron la enseñanza nacionalista, y éste último, como presidente del Consejo Nacional de Educación, organizó el ceremonial patriótico en las escuelas. A partir de los años 30, estos nacionalistas liberales y positivistas fueron siendo desplazados por nacionalistas católicos, quienes encontraron el camino preparado por sus antecesores⁵⁵. Los dirigentes liberales, por otra parte, comenzaron a susurrar que el agnosticismo era bueno para las élites, pero las masas necesitaban de la religión que refrenara sus instintos, e impidiera su desplazamiento a la izquierda. Se amenguaban, de ese modo, la laicización y secularización, y se cambiaba el rumbo del modelo modernizador de la generación del 80 y del roquismo. El sistema liberal en su ocaso estaba invadido por elementos antiliberales, que surgían de la misma clase social, y hasta de las mismas familias. Carlos Ibarguren, uno de los principales ideólogos del nacionalismo temprano, era funcionario de los gobiernos liberales, y hasta Perón fue funcionario de Justo. Entre el nacionalismo aristocrático, tradicionalista de élite, o de derecha, y el posterior nacionalismo popular, de masas, o de izquierda, no había una contraposición excluyente, ya que ambos se interpenetraban, se deslizaban

⁵⁵ Véase Carlos Escudé, *Ideología de la educación argentina, 1900-1950*, Buenos Aires, Instituto Di Tella, Conicet, 1989.